

LAS VERDADERAS RAÍCES DE EUROPA Y LA CONSTITUCIÓN EUROPEA

POR

FRANCISCO DE GOMIS

Cuando se está fraguando la Unión Europea, se habla de aprobar una Constitución que sirva de referencia y dé cauce a todas las distintas nacionalidades que la integran. En la historia de Occidente hay influencias que son predominantes como la griega, que toma al hombre como arquetipo de las perfecciones en el arte y en la cultura, o la romana, que sigue el mismo surco que la griega, pero que sobresale en el proceso de civilización por el cultivo del Derecho que regula y perfecciona los vínculos sociales, redime a los pueblos bárbaros que se integraron en el Imperio Romano, ilustrándolos para que, desaparecido éste, las mismas raíces siguieran construyendo las sociedades que con unas estructuras jurídicas y sociales similares, habrían de confluir en la agrupación de pueblos que hoy llamamos Europa.

Roma, sumida progresivamente en la corrupción, acabó desintegrándose como imperio, sustituido por sus antiguas provincias; y en los estertores de su agonía hubo un movimiento religioso fundamentado en el sacrificio, en la inmolación propia y en la exaltación de los más elevados sentimientos y virtudes que alumbró el catolicismo, que actuó como aglutinante de parcelas de una sociedad en disolución para estructurarla de nuevo sobre los fundamentos de esa nueva religión, fundada por Cristo, no con una proyección únicamente humana y terrenal, sino con una proyección total del hombre: terrenal y espiritual o eterna; que se propagó, siguiendo el ejemplo de Cristo, afirmando verdades que

les habían sido reveladas, y testimoniándolas, como verdad suma, con el ejemplo del sacrificio de la propia vida.

Las semillas de esta nueva civilización fueron núcleos de personas que se agrupaban en pequeñas comunidades de oración, de expiación de los pecados y de trabajo, conservando y cultivando todas las artes antiguas heredadas de los romanos, y especialmente toda la cultura antigua, heredada y refundida en los nuevos moldes del cristianismo. Fue una evolución lenta pero profunda de una sociedad cuyo principal fundamento era la fidelidad a Cristo y a todas sus enseñanzas recibidas por la misión de los Apóstoles. Éstos lograron elevar a los más altos valores espirituales de la religión católica a todas las naciones semibárbaras surgidas de la disolución del Imperio Romano. Podríamos decir que estas conversiones progresaban tan rápidamente, en parte, porque se trataba de pueblos acaso con reacciones brutales, pero espiritualmente sencillos, sin espíritu crítico negativo, y que eran captados por los testimonios de la verdad y de la virtud de quienes la profesaban. Piénsese en el caso frecuente del obispo, que sale al encuentro de las huestes bárbaras invasoras, al que acaban sometiéndose y respetando.

Esas pequeñas comunidades de oración y de trabajo antes referidas y que conservaban el conocimiento de las artes romanas, sirvieron de aglutinante a colectivos desperdigados y desamparados que encontraron en esos núcleos, presididos por la Iglesia, un hogar de supervivencia, de civilización y de formación espiritual y profana. Así nacen los pueblos y villas; y esas enseñanzas, también la espiritual, son esenciales al desarrollo futuro de tales comunidades.

El carácter sobresaliente de las personas que sirvieron de fermento y aglutinante, asoma ya en plena decadencia del Imperio Romano. En estos siglos de penetración cristiana, grandes personalidades de sobresalientes virtudes y sabiduría, fundan órdenes religiosos y monasterios que son centro de espiritualidad cristiana, de cultura y de promoción social, que irradian a toda la sociedad como en el caso de las fundaciones de Cluny, como la Orden de Santo Domingo de Guzmán, las Mendicantes, con San Francisco de Asís como su patrón y guía; las de Redención de

cautivos como los Mercedarios, congregaciones religiosas surgidas al calor de las necesidades de cada tiempo. Si se suprime el mensaje de Cristo y unas pocas decenas de Santos regresaríamos al paganismo y a la barbarie. Como dice Donoso Cortés en su discurso sobre la Biblia, la verdadera libertad nace en la Cruz de Cristo que ha sido y es signo y emblema de nuestra civilización cuya raíz nace en la revelación de Cristo.

Plinio el Joven, gobernador de una de las provincias del Imperio Romano, somete a Trajano, un problema que va a solucionar la Historia; es acaso la primera noción escrita conocida del ascendiente social de los cristianos. Dice Plinio: *"¿es el solo nombre de cristiano lo que se castiga, incluso si ningún crimen ha sido perpetrado, o son los crímenes que van unidos a este nombre?"*. . . . *"Les he preguntado si eran cristianos. A los que lo han confesado los he interrogado una segunda y una tercera vez amenazándoles de suplicio; si perseveraban en su declaración los condenaba sin dudar cualquiera que fuese el sentido dado a su confesión, porque esta desobediencia osterisible, esta obstinación persistente, merecían ser castigadas. Otros obstinados en la misma locura, los he retenido para ser enviados a Roma, porque eran ciudadanos romanos... Ha circulado un libelo anónimo en el que figurari gran número de nombres . . .".* *"Los que negaban su calidad presente o pasada de cristianos, a poco que invocasen a los dioses según la fórmula que he dictado y si sacrificaban con incienso y vino delante de tu imagen que a tal efecto había hecho yo presentar con las estatuas de otras divinidades, si además, insultaban el nombre de Cristo —todo cosas imposibles, según se dice, que puedan obtenerse de los verdaderos cristianos— a éstos me ha parecido adecuado liberarles".* . . . *"Por lo demás pretendían que lo más evidente de su error residía en el hábito de reunirse en días determinados y antes de salir el sol, a cantar un himno a la gloria de Cristo, como si hubiese sido un dios, y haber tomado el compromiso solemne, no de cometer algún crimen, sino de no cometer robo, ni bandolerismo, ni adulterio, de respetar la palabra dada . . .; que aparte de esto, su costumbre era separarse después y reencontrarse para tomar alguna comida en verdad perfectamente ordinaria e inocente; que habían incluso*

renunciado a esta práctica después de un edicto por el cual, siguiendo tus órdenes, había prohibido las cortesanas" ... "No he descubierto otra cosa que superstición loca y desmedida. He suspendido la información para acudir a tu opinión; me ha parecido que el asunto lo exigía así, en particular por el número de los acusados; se trata de un gran número de personas, de toda edad, de toda condición y también de los dos sexos que están en peligro o van a estarlo dentro de poco. Y no es sólo en las ciudades que se ha extendido el contagio de esta superstición, sino incluso en los pueblos, y hasta en el campo" (Plinio el Joven, "Correspondencia", Trad. Y. Hucher, 1966, Unión General de Ediciones, págs. 451-453).

La nueva religión se nutre, pues, de personas tan convencidas y heroicas que, según este testimonio, cuando se trata de verdaderos cristianos, son incapaces —dice— de apostatar, ni de renegar del nombre de Cristo. La Bruyère afirma que "cuando no hay principios no hay caracteres". E inversamente: cuando los principios son tan arraigados y heroicos se forjan los grandes caracteres que rescatarán para la civilización cristiana los restos anegados del Imperio Romano, con la sucesión de grandes Santos que inyectarán en la nueva Sociedad el ejemplo de su fidelidad hasta llegar al bautismo de sangre.

¿Cuál es la significación de la Iglesia católica en esta reconquista espiritual en la que se va a fraguar la nueva Europa? Por lo que hace a nuestra tierra —y en todos los países de Occidente se ha producido el mismo proceso—, Vicens Vives, historiador de gran prestigio de la Universidad de Barcelona, declara: "la recuperación y verdadera consolidación del país como colectividad diferenciada es obra de los clérigos: de los pequeños y de los grandes. La popularidad ilimitada del obispo Oliva (primera mitad del siglo XI) como padre espiritual de Cataluña oscurece la tarea de organización de los sacerdotes en las curias episcopales y en las rectorías y de los monjes en sus empresas agrícolas. Oliva piensa en un plan político, cultural y religioso muy elevado: las relaciones con Roma, la fundación y la instauración de monasterios y catedrales, el establecimiento de un orden público garantizado por la Iglesia, la organización de un sistema de gobierno por los

Condes de Barcelona. Él dio las directrices. Pero la clerecía oscura que le seguía y compartía la cura de almas con las actividades curialescas, fueron los que, en definitiva, apuntalaron al país. En cada masía, en cada casona antigua, las buhardillas están todavía llenas de pequeños y bien conservados pergaminos del siglo XI, en los cuales, a través de compraventa, procuraciones y donación, se articuló poco a poco la estructura jurídica de Cataluña. Y de ello se ocupaban los clérigos" ... "La intervención de la Santa Sede en Cataluña empezó tan pronto como el Papa Gregorio VII, tenaz luchador contra la avasalladora influencia del mundo feudal y del Imperio sobre la Iglesia, detuvo el primer golpe de la reacción política de emperadores y de aristócratas y consiguió proclamar la libertad de Roma en el nombramiento de obispos, abates y otros cargos eclesiásticos. Esto tuvo largo alcance, porque reivindicó en toda Europa los principios de obediencia religiosa y de soberanía temporal. En 1073 y 1074, apoyándose en la tradición de los siete obispos que habrían evangelizado a España por orden de San Pedro, e invitó a todos los príncipes de esta tierra a reconocer que la Iglesia era propietaria del Reino de España. Esta declaración tiene el interés de colocarnos ante el retorno de la Península a una jerarquía europea a la cual podían dirigirse los más necesitados a pedir cobijo y protección. Entre otros lo hicieron los reyes de Aragón desde Ramiro I, y como es natural los Condados catalanes" ... "Fue la Santa Sede la que a finales del siglo XI reconoció la independencia eclesiástica de Cataluña que era tanto como afirmar la política. «El mismo proceso se produjo en la cristianización de toda Europa» ... "El desarrollo de la civilización urbana hizo alumbrar un nuevo tipo eclesiástico, una persona preocupada por el mundo del espíritu y de la vida interior, que habría recibido el impacto de San Francisco a través de la difusión de los «menorets». Franciscanos y dominicos difundieron la buena nueva de la pobreza y de la humildad, los unos, y de la educación y la enseñanza los otros. Y así surgieron al lado de la Orden de la Merced (1218), testimonio eclesiástico de la expansión marítima de Cataluña, los intelectuales que hablan de plasmar el mejor momento de la vida catalana medieval". "Los nombres son importantes —San Raimundo

de Peñafort, Ramón Llull, Francesc Eiximenis, San Vicens Ferrer, el cardenal Margarit— y representari la mejor línea de la tradición catalana ...” El mismo proceso se produjo en los distintos países de Europa bajo la influencia de los clérigos y de las congregaciones religiosas que conformaron las respectivas sociedades en los moldes nacidos de la doctrina católica (Vicens Vives, “Noticia de Cataluña”, Ed. Destino, 1969, págs. 83, 86-88).

En nuestros días al tratar de la nueva Constitución europea, la propuesta del expresidente francés se hunde en las raíces de la ambigüedad política e ideológica, y así se manifiesta contraria a la mención de la Iglesia católica como fermento espiritual, que fue fundamental en la constitución de Europa, y nos propone, por contra, la mención honorífica de la “Ilustración” en nuestro debate sobre Europa.

El más somero análisis pone de relieve la gran influencia de la Iglesia Católica en la conversión y civilización de los pueblos de Europa; y pretender sustituirla por la llamada “Ilustración”, nos lleva a la convicción de que se trata de una influencia ideológica que, para los españoles y también para gran parte del pueblo católico francés, tiene sus raíces en una actitud sectaria y anticatólica.

¿Cómo no van a reconocer las naciones que constituyen hoy Europa, la influencia decisiva del cristianismo en la plasmación de sus más logrados avances de civilización en los cauces de la Ley Natural? ¿Se puede olvidar la influencia cultural, espiritual, e institucional de las órdenes religiosas, franciscanos, dominicos, cistercienses, benedictinos, jesuitas y tantas diferentes congregaciones creadas por hombres de eminente virtud que han sido instrumentos para organizar la cultura, todas las artes prácticas, la universidad y los valores espirituales de todos estos pueblos cuyas raíces perduran hasta hoy, y cuya desaparición provoca el letargo que, como un sudario de muerte, ha paralizado por medio del terror y del error grandes multitudes que se han visto sometidas al flagelo comunista.

Hace pocos años, con motivo del aniversario de la Revolución Francesa, el Jefe de Estado de la vecina nación, François Mitterrand, organizó unos festejos públicos de gran resonancia en

lor de dicha Revolución. Naturalmente, el primo de Mitterrand, Jacques Mitterrand, por dos veces Gran Oriente de la Masonería francesa, debía identificarse con este homenaje que viene a significar la exaltación de los principios que la alimentaron y la hicieron triunfar. Los grandes principios proclamados por la Masonería fueron sostenidos y divulgados por la famosa Ilustración, que vino a someter a una crítica negativa todos los principios de la Iglesia católica con la afirmación de que no hay dogmas ni verdades absolutas; que todo se puede cuestionar y variar. Cualquier tirano puede imponer sus desvaríos.

Proponer a estas alturas la sustitución de la religión católica por la Ilustración como fundamento espiritual de Europa nos hace recordar a François Arouet, "Voltaire", inspirador y cabeza de una escuela que forjó el mayor ataque jamás formulado contra la Iglesia católica, bajo cuya influencia deletérea ha recibido todos los ataques que quepa imaginar para su destrucción, y la destrucción de su mensaje. Habrá que recordar las matanzas de frailes, las destrucciones de conventos, la expropiación de todos sus bienes económicos que pudieran permitirle una penetrante actuación apostólica, la ironía, la procacidad y la saña con que ha sido perseguida por los secuaces de esta escuela. Basta recordar la contraseña que Voltaire estampaba en la mayor parte de su correspondencia con sus discípulos: "*Il faut écraser l'Infame*", aplastar a la Iglesia ..., "*que cien mil manos invisibles atraviesen al monstruo*", borrar el recuerdo de Jesucristo, y hacerlo "obrando como conjurados", como dice Voltaire, y previendo ya la próxima revolución: "*los jóvenes verán muchas casas —dice—, verán buena camarra*" (Abate Barnuel, "Memorias para servir a la historia del Jacobinismo", 4.ª edic., Hausburgo, Libreros Asoc. 1799). En efecto, a los pocos años estallaba la Revolución Francesa que insufló a la sociedad el odio, la envidia y la revancha que vendrían a sustituir el culto a la virtud cristiana por el holocausto que a partir de entonces había de ensombrecer la historia de la humanidad. ¿Acaso el hecho de que la escuela haya sido sostenida y propagada por unos escritores que dominaban y acabaron de perfilar la gran elegancia de la lengua francesa, acaso el bonito envoltorio ha

de permitir el contrabando de las ideas más contrarias al bien común de la sociedad?

Otra personalidad cuyas opiniones deben ser consideradas por su elevada visión como uno de los historiadores contemporáneos de mayor mérito en lengua española, Claudio Sánchez Albornoz, que políticamente, fue profundamente liberal, y que a través de los avatares de la política de una época tan difícil como nuestra reciente historia, llegó a ser Jefe del Gobierno español en el exilio —lo que resulta paradójico por su gran formación cristiana y por el conocimiento que tuvo de la historia—, formula diversas afirmaciones sobre la significación de España en Europa a través de la historia y sobre la misión que tuvo al servicio del catolicismo, que encajan con la cuestión que ahora se debate sobre la referencia en la nueva Constitución europea de las principales raíces de Europa; dice Sánchez Albornoz; *“que nadie se asombre si afirmó que nuestras dos grandes jornadas bélicas: la lucha contra Napoleón a principios del siglo XIX y nuestra guerra civil de ayer —un ayer que empieza a ser histórico— han colaborado —lo afirmo y lo reafirmo— a la forja de Occidente en nuestro tiempo. Y he saltado hasta estas horas de hoy porque nadie puede negar nuestros grandes servicios de tiempos medievales, cuando fuimos a un tiempo rodela y macstra de Occidente, ni los más conocidos de nuestras empresas americanas y mediterráneas en los tiempos nuevos”* (Claudio Sánchez Albornoz, “Mi testamento histórico-político”, Ed. Planeta, Barcelona, 1975, pág. 146).

¿Y antes de la invasión napoleónica?: *“algunos pensadores españoles de hoy han sostenido que hemos vivido al margen de la vida de Europa desde comienzos de la Edad Moderna. Aquí está América y ahí está la Contrarreforma, factores decisivos del surgir de la Modernidad, contradiciendo esta tesis”*.

“Si la burguesía española no reacciona inteligentemente no necesitará dejar ninguna carta para el juez de la historia en testimonio de un suicidio colectivo. Pues yo me atrevo a decir que la coyuntura que va a brindarse a España es la única que la Historia puede ofrecernos, si la desaprovechamos no tendremos salvación, no la tendrá ninguna de las regiones de

España, todas sucumbiremos juntas" (C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, pág. 159).

"Debemos resolver de una vez para siempre los problemas que la variedad regional crea al distinguir Galicia de Castilla, Castilla de Vasconia, Vasconia de Aragón, Aragón de Cataluña, ... Andalucía de Portugal y Portugal de Galicia. «Debemos resolver para siempre el problema religioso bajo el régimen de libertad y tolerancia»" (C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, pág. 128).

"He atribuido antes el impacto de la voluntad popular en la voluntad de la realeza legisladora de la Inquisición, la expulsión de los judíos, la intolerancia religiosa del gran siglo...; no, no fueron las iniciativas de la Monarquía impuestas a un pueblo que aceptaba indiferente y sumiso... y populares fueron las luchas contra la herejía y contra el turco en el siglo XVI. No existió, no, una dicotomía entre la voluntad del común y los preceptos regios. Sí, la reconquista creó un pueblo invertebrado, insumiso a las habituales minorías laicas, y directrices de la vida allende el Pirineo, pero muy identificado con las esencias últimas del pensamiento de las minorías clericales" ... "la expulsión de los moriscos fue una prudente medida política inspirada en los peligros evidentes que constituían para el reino jaqueado por los turcos, las masas de antiguos musulmanes de Valencia cada vez más numerosas y cada vez más cerca de sobrepasar a las poblaciones cristianas"" (C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, pág. 121).

Pocos años antes de su muerte, en vísperas de la transición española (1975), la reflexión histórica le lleva a una conclusión que debería tomarse en consideración al redactar la nueva constitución de que actualmente se trata: *"España esta preocupada por su incorporación a esa alianza de mercaderes" (Europa unida). Yo, que naturalmente soy lego en tales problemas, pienso, por el contrario, en la unión política de Europa. ¿Será posible vencer los orgullos nacionales? A juzgar por la insolidaridad de todos y por sus encontradas directrices en asuntos muy graves para la vida de lo que queda del Viejo Continente — en relación a los Estados Unidos, a Rusia, a Israel, al mundo árabe— no es lógico ser optimista respecto a la soñada y salvadora unión. He ahí una misión quijotesca para España: predicar, trabajar, luchar por la*

unidad de Europa. Antaño se dio toda por la unidad católica del mundo. No haría sino prolongar una tradición. No sólo de pan vivé el hombre" ... "¿Acaso pueda llegarse a la unidad de una Europa liberada, y vuelta al culto del espíritu y de Dios? Europa libre y una podrá seguir todavía dirigiendo la marcha de las civilizaciones en el planeta. Europa libre y una podrá crear la economía, la sociedad, y el Estado de mañana. La grandeza de Europa es necesaria para el equilibrio político del mundo y en particular de la América hispano-portuguesa" ... "Esto escribí en 1942 ... hoy he llegado a ser pesimista". ... "Prediquemos empero esta nueva Cruzada" ... "Quiera Dios iluminar las mentes de los hombres de hoy que le han vuelto la espalda para evitar que los terribles y diabólicos sueños no sean sino eso, sueños, como podríamos decir con Calderón pero no olvidemos que de algunas grandes ciudades del ayer lejano no quedan sino ruinas y que otras —Troya, por ejemplo— han surgido a la luz de nuestros días gracias a famosísimas excavaciones de los arqueólogos de hoy" (C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, págs. 231-232).

"Frente a esa flexibilidad francesa, a ese juego habilidoso entre Dios y el diablo, España ha jugado siempre todo a una sola carta, a la del servicio al Omnipotente hasta caer exhausta. Ha sido leal a sus compromisos internacionales. Y en sus problemas interiores nunca ha sabido ágilmente evitar odios y rencores. Recordemos nuestras épicas gestas contra los sarracenos en España, nuestra lealtad a Francia en su guerra de Cien Años y durante el Pacto de Familia, en pugna con nuestros intereses, y nuestra batalla sin claudicaciones contra el turco, contra Inglaterra y contra los herejes, en Flandes, en Francia, en Alemania ... Recordemos toda nuestra historia quijotesca sin poner una vela a Dios y otra al diablo sino llegando a la ruina y al agotamiento al servicio del Altísimo. Recordemos nuestra oposición entre el bien y el mal sin matices ni hábiles componendas ... No renegemos de nuestro ayer. Hemos hecho maravillas por obra de nuestro talante bimilenario. Pero ¿no ha llegado la hora de la reflexión?" (C. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, págs. 222-223).